CAPÍTULO XXVI

Gozo especial del alma viendo, tratando y viviendo en Jesús y Jesús en ella

159.—El cielo glorioso y la felicidad empiezan para el alma cuando Dios la comunica o infunde la luz de gloria. Con la luz de gloria se reciben las dotes gloriosas[1], que son la *visión* directa de Dios en su esencia y en sus perfecciones, la *comprensión* o posesión del mismo Dios con sus perfecciones, y la fruición o gozo y deleite que ininterrumpidamente disfruta el alma viéndole y poseyéndole.

En el mismo momento en que se recibe la comunicación de la luz de gloria, desaparece del alma el velo de la fe y el anhelo de la esperanza y queda envuelta en la claridad del amor y en la alegría indeficiente de ver, de conocer, de poseer ya y gozar, de

1. Véase el cap. XXII, núm. 136.

tratar y convivir con Dios infinito y glorioso. Con la luz de gloria que la hace feliz, recibe la Sabiduría divina, y con la sabiduría divina no sólo conoce la esencia de Dios y sus perfecciones, sino en la esencia y en la Sabiduría divina conoce también la esencia, propiedades y perfecciones de las criaturas y seres ya criados y de muchos creables que nunca creará Dios. Recibe de Dios la ciencia del conocimiento perfectísimo de la creación entera. Con la luz de gloria empieza el mundo nuevo sobrenatural o el cielo nuevo radiante de dicha y felicidad tanto tiempo esperado, muy superior a cuanto podía soñar.

Y empieza también el conocimiento, la convivencia y el trato íntimo de amor mutuo, de gozo, de admiración y gloria con todos los ángeles, con todos los bienaventurados, con los familiares y conocidos y con los hasta ese momento jamás conocidos ni oídos. Gozaremos el mutuo gozo de gozarnos y tratarnos en la luz de Dios y en el Amor infinito sin posibles roces ni incomprensiones ni incompatibilidades, sino en la exuberancia de la alegría y glorioso amor en compenetración, sin la menor disonancia ni incomprensión.

Conoceremos y admiraremos todas las obras de Dios en Dios, y la más admirable y maravillosa obra de la Creación es Jesucristo, la Encarnación del Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y su vida, pasión y gloria.

Entre el número sin número de ángeles, soles brillantísimos de las gloriosas Jerarquías, luce Jesucristo, Sol que los ilumina y absorbe a todos en su claridad y a todos los atrae con su amor. Jesucristo es el Rey de amor, el anillo que une la criatura con su Creador y el centro de toda la creación. En Él y con Él alaba todo lo creado a Dios con alabanza digna de Dios. Conoceremos la razón de la Encarnación. Conoceremos y trataremos y admiraremos a Jesucristo, la mayor maravilla externa de Dios.

Ahora nos enseña la fe que Dios creo de la nada un alma humana, como crea todas las almas. Unió esta alma singularísima al cuerpo humano formado por su poder infinito de un modo milagroso en el seno virginal de María y en el mismo instante de la creación del alma y formación del cuerpo se unió a ellos en unión hipostática la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo Eterno, de modo que en Jesucristo hay dos naturalezas, la humana y la divina, pero una sola Persona, la Persona del Verbo. Jesucristo es Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, y no dejando de ser Dios, ni dejando de ser infinito, omnipotente y feliz, no rebajándose ni perdiendo alguna de sus infinitas perfecciones, levantó en su Persona Divina, y divinizó la naturaleza humana. ¡Es el gran misterio de la creación y es la mayor maravilla de todas las maravillas creadas! ¡Dios hecho hombre y el hombre hecho Dios!

Muchas y muy hermosas razones han escrito los sabios teólogos sobre la conveniencia de la Encarnación. Aun cuando muy hermosas, ninguna explica bien el misterio, como no explican la Pasión dolorosa y cruenta para redimir el mundo ni la misma caída y redención del género humano. Ahora encontramos inexplicable o incomprensible un Dios-hombre despreciado y crucificado. Dios lo quiso y lo hizo para que hubiera una alabanza digna de Dios en la creación externa: la alabanza de Jesús-Dios. Y para que Jesucristo ganara con sus obras humanas ser Rey de la creación y Juez de todos los seres espirituales. Como no comprendemos la razón íntima de la Eucaristía, aunque digamos que para estar humano con nosotros y perfeccionar el círculo de la creación de la criatura con su Dios.

Agradecidos, repitamos con San Pedro de Alcántara: «¡Y se encarnó! ¡Y se encarnó!» Ahora no llegamos a entender la causa principal. En el cielo veremos a Jesucristo Padre y Rey glorioso de toda la creación y comprenderemos la verdadera razón que le determinó a realizar este misterio y a redimir el género humano encarnándose y aceptando sufrir la pasión cruenta y afrentosa. Lo veremos y nos llenará de admiración y agradecimiento.

160.—En el cielo veremos en toda su gloria el cuerpo y el alma de Jesucristo, y sola su vista llenará

de contento y dicha, pues es la mayor maravilla creada.

Veremos a Jesucristo y le trataremos y nos tratará no de lejos ni teniendo que pedir audiencia o que hacernos lugar o cediéndonos el paso unos a otros, como en la tierra. El alma no ocupa lugar, y los cuerpos gloriosos no se impiden ni hacen sombra los unos a los otros.

Veremos y conoceremos su inmensa grandeza y trataremos íntima, amorosa y confidencialmente a Jesús. Jesús tendrá para mí y para cada uno un afecto que supera toda ternura y toda imaginación, como si todo fuese solamente para mí y todo solamente para cada uno. Y de tal manera le amará y tratará el bienaventurado, como si sólo él fuera el enamorado de Jesús y Jesús el enamorado solo de él, llenándole de toda delicia en su divinidad.

Jesús iluminará y endiosará en felicidad todas las almas y a todas se dará y entregará, pero producirá en cada alma el conocimiento y el gozo en proporción del amor que le tuvieron en la tierra y de la virtud que practicaron, a semejanza de como cada foco luce con la misma corriente según su propia capacidad.

Jesús nos tratará y trataremos a Jesús en mirada y conversación afectuosísima y en ternura de afecto como no podemos comprender. Los afectos y amores santos de la tierra no desaparecen en el cielo, se sobrenaturalizan y perfeccionan.

Cada bienaventurado estará, y estaremos todos, no lejos de Jesús, sino, como acabo de decir, Junto a Jesús y en el mismo Jesús[2]. No ha de disminuir en el cielo la presencia que Jesús tenía en la tierra con las almas, sino la perfeccionará según su omnipotencia, porque es Jesús-Dios quien lo hace. En la tierra muchísimas almas santas, enamoradas de Jesús, le llevaban dentro de su alma, le miraban, le hablaban, vivían para Él y a Él estaban ofrecidas. En la tierra acompañamos a Jesús en el Sagrario y le recibimos en la comunión y es el mismo del cielo. Jesús viene realmente a nosotros y está en nosotros en amor y en presencia real. No ha de ser peor la condición en el cielo ni mayor la distancia que separa a Jesús del alma que en la tierra.

En el cielo las almas bienaventuradas se sienten inmensamente más enamoradas y unidas con Dios y con Jesús que en la tierra y Jesús con las almas. Este amor enamorado ya no es de inquietud o preocupación, sino de gozo por la posesión. Jesús tiene a sus almas no sólo presentes y está presente a ellas, sino metidas dentro de su misma alma y las llena de su misma gloria y las trata con la mayor ternura y afecto, no estando separado de ellas, sino en ellas. Es el amor afectuoso de la tierra sobrenaturalizado y ciendoblado. Es el amor unitivo de Dios-hombre,

2. Véase el cap. XXXVI, núm. 216, y el XXX, núm. 185.

desbordado en mirada y en hechos de gloria. Jesús se confía a sus almas ya felices.

Jesús en el cielo no se muestra esposo menos amante que se mostraba en la tierra ni menos confiado. No habrá morada separada ni pensamiento oculto de Jesús para sus almas. Estaremos junto a Jesús y en Jesús y Jesús en nosotros. Si comunicándose en amor, aun viviendo aquí, dijo a muchas almas en efusión entrañable, como a Santa Teresa: *Sólo por ti hubiera criado el cielo*[3], ya en la gloria no sólo nos da el cielo, se nos da Él mismo, se pone en nosotros y nos lleva dentro de Él a todos y nos dice: «Yo soy tú y tú eres Yo por la íntima unión de amor sobrenatural y comunicación sustancial».

161.—¿Cómo podrá ser esto? ¿Cómo hay tanta multitud de sonidos y de imágenes en la atmósfera y vemos algunas reproducidas en la pantalla de la televisión? Estaremos por el mismo poder que Dios da a los cuerpos gloriosos de penetrar por otros cuerpos. Sólo la Sabiduría de Dios sabe y puede hacer ese modo y lo sabremos nosotros en el cielo cuando nos lo enseñe.

Pero aun aquí en la tierra ¿no se comunica en la Eucaristía a cada una de las almas y en lugares muy distantes el mismo Jesús que está en el cielo? ¿Y no es el mismo el que se nos comunica a unos y a otros?

3. Otilio Rodríguez: *Leyenda de oro Teresiana*, 29.

¿Qué no hará en el cielo? Estaremos todos junto a Jesús y en Jesús glorioso y recibiendo gloria y amor. ¡Oh alegría y gloria del alma bienaventurada, que estará continuamente recibiendo la ternura y el amor más regalado, cada alma como si fuera para ella sola, y gozándose todas, sin emulación, en la ternura y gloria que muestra a los demás, y cómo a los más santos se la muestra mayor! Jesús-Dios será gloriosamente mío y para mí y yo seré de Jesús y para Jesús.

Dios se lo ha mostrado así a algunos santos, y veían en un momento todo y a todos juntamente a modo de eternidad. Así dice la hermana María Ángela: *He visto a Nuestra Santa Madre (Teresa) una con Cristo. He visto a Cristo en su humanidad como perdida en su divinidad... Vi a Nuestra Santa Madre con su rostro en el rostro de Cristo; los rasgos del rostro de Nuestra Santa Madre no impedían ver los del rostro de Jesús; estaban como el uno en el otro; el rostro de Nuestra Santa Madre era joven...; me sonrió mucho y Cristo también*[4].

La sencilla Beata Ana de San Bartolomé escribe que *veía habitualmente a Jesucristo en el alma de la Santa Madre y de qué manera estaba Él unido a esta alma*[5]. Esto, que no entiendo yo ahora cómo puede

4. Hermana María Ángela del Niño Jesús: *Lirio y Hostia*, cap. XX, prf. V, pág. 227.

5. Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía*, caps. 10 y 24, Véase el cap. XXXVII.

ser, se lo mostró el Señor a muchos santos en visiones místicas y quedaban maravillados. Si la doctrina católica nos enseña en la vida espiritual que Dios Trino y Uno y Jesucristo viven de una manera especial y con una presencia actual y amorosa en el alma justa aquí en la tierra, ¿cómo no va a estar presente, actual y como empapando e iluminando el alma la persona de Jesús en el cielo? Si dijo a tantas almas fieles y privilegiadas como a estas místicas que vengo citando: Santa Gertrudis, Santa Catalina, Santa Ángela de Foligno, Santa Teresa y Santa María Magdalena de Pazzis y tantas otras: *Ya eres mía y Yo soy tuyo,* ¿cómo no lo dirá y hará altísima y gloriosísimamente en el cielo con todas las almas bienaventuradas?

No sólo me verá Jesucristo y estará en mí y yo en Él, sino que estará dándome claridad, y hermosura, e inteligencia y dicha con la mirada de su entendimiento y de su amor. Él encenderá en mí la llama de mi dicha. Veré y comprenderé a Jesucristo en su divinidad y en su humanidad. Su gloria y su hermosura me inundarán de un gozo indecible. Le hablaré y me hablará con la palabra callada del entendimiento, llena de amor, que es la palabra del cielo, y yo estaré en esa gloria suya participando de ella y me gozaré en su hermosura y en su gloria como si fuera mía propia y sólo para mí, no con tanta exaltación como en la visión de la divinidad, pero con más admiración y gozo que en todo otro deleite criado del mismo cielo.

Y al mismo tiempo estará sin interrupción bañando mi espíritu un júbilo de admiración y desbordante agradecimiento a Dios y a Jesucristo, porque con su encarnación y pasión me redimió y por su medio se comunican al alma y al cuerpo las dotes gloriosas y la misma gloria. Seré feliz. Mi alma será feliz y lo será mi cuerpo a semejanza de Jesucristo con las dotes gloriosas de agilidad, claridad, impasibilidad y sutileza. Mi cuerpo, después de la resurrección, será como espiritualizado, superando todas las leyes físicas de la naturaleza.

162.—Viviendo Jesús en la tierra dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*[6], por la bondad de su carácter y de todas sus acciones. Jesús era la bondad misma en su trato con los Apóstoles, con las gentes, y lo era aún más con su Madre, la Virgen. Nos mandó a todos ser humildes y mansos, y para que lo fuéramos dijo la sentencia citada además del mandato.

Y nada de lo que es bueno desaparece en el cielo, sino que se tiene en su total perfección. En las expresiones que ha dicho en las visiones a algunas almas santas se ve la inmensidad de su bondad. A Santa Isabel de Hungría la dijo: *Si tú quieres ser mía, Yo quiero ser tuyo también y nunca separarme de ti*[7].

6. Mateo, 11, 29.
7. El Conde de Montalembert: *Historia de Santa Isabel de Hungría*, cap. XIX.

A Santa Ángela de Foligno, el *Yo soy tú y tú eres Yo*[8]. Con muchas almas santas, como con Santa Hildegarda y Santa María Magdalena de Pazzis, y muy recientemente con la hermana Margarita, ha cambiado el corazón, tomando el corazón de ellas y poniéndolo por más o menos tiempo en su pecho y poniendo su propio corazón en el pecho de ellas con palabras muy regaladas. Si esto ha hecho y aun continúa haciendo en la tierra, comunicándolas goces como de cielo anticipado, ¿qué delicias y regalos no mostrará con todas las almas ya gloriosas en el cielo, que es el propio lugar de las delicias y del amor glorioso?

Las almas que han recibido algunas de estas regaladas mercedes se deshacen de admiración y de agradecimiento, no encontrando palabras para expresar la impresión y dulzura del amor que han experimentado sintiéndose ya como en el cielo, y diciendo como esta hermana Margarita y ya antes Santa Teresa: *Basta, Señor, basta, que no cabe más en mi pecho, si no lo ensancháis*[9], o: si esto nos das ya en la tierra, ¿qué dejáis para el cielo? Porque no parece pueda ya haber nada más delicioso y regalado[10]. Y, sin embargo, todo es como nada comparado con lo que comunicará y dará en el cielo.

8. Santa Ángela de Foligno: *Documents originaux*, pág. 161.
9. Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*.
10. Santa Teresa: *Relaciones*, 25 y 16.

Aquí no podrían resistir los cuerpos tan inmenso júbilo y exaltación sin especial gracia o milagro del Señor. En el cielo ya están las almas y los cuerpos agrandados y fortalecidos para recibir la inmensidad de la felicidad de Dios.

En una visión, la Virgen dio a San Félix de Cantalicio a besar el Niño y quedó durante varios días fuera de sí por la dulzura experimentada. Lo mismo dice Santa Teresa que la sucedía, ella en varias mercedes del Señor. ¿Qué será tenerlo ya glorioso y verle el alma gloriosa en sí misma y verse a sí misma en Jesús?

Porque, repito, ningún bienaventurado estará lejos ni separado de Jesús, como no está lejos ni separada de Jesús ningún alma que le recibe en la Eucaristía, como sabe que está presente y amoroso y que le llena de su amor el alma que le lleva dentro y convive con Él en amor en la tierra. ¿Estaría con Él y en Él en la tierra y se vería llena de Jesús presente en la tierra y no estaría en el cielo, sino lejos de Él y en señaladas ocasiones?

Jesús se une al alma en unión íntima de amor por el matrimonio espiritual y está en el alma, llenándola de sus misericordias, y la hace morada suya permanente y regaladísima. En el pecho de varios santos estaba permanentemente bajo las especies sacramentales y en el Sacramento es el mismo que el del cielo, como nos enseña la fe. El cielo es la consumación real y perfecta de la unión de amor con

todas sus delicias y regalados amores, iniciados en la tierra en esas almas santas, pero ya viviendo y conociéndolo el alma no sólo por fe, sino por la visión real de gloria que da el conocimiento y el vivir y gozar esa dichosísima realidad. Dios nos llama en la tierra para hacer la unión íntima de amor del matrimonio espiritual, que se consumará con perfección en el cielo.

Y si aquí entregaba su corazón a esas almas y tomaba el de ellas, si aquí las hablaba, las acompañaba continuamente y vivía en ellas, con muchísima más perfección y regalo más íntimo y con dulzuras gloriosas e insoñables efectos vivirá Jesús en esas almas y en las de todos los bienaventurados en el cielo. Son ya los efectos sobrenaturales, reales y gloriosos. Son realidades divinas. Lo bueno y santo, tengámoslo presente, no desaparece en el cielo, sino que se perfecciona hasta lo inconcebible. ¡Es la dicha!

Si en la tierra la sonrisa de Dios llena de gozo hasta no caber más, pues la sonrisa de Dios produce el éxtasis de la felicidad, ¿cuál será su dulzura en el cielo? *¡Oh inefable sonrisa* —decía la hermana Margarita—, *cómo has penetrado mi alma! ¡Qué dulcísima y encantadora eres!* Jesús, regalo y delicia de los ángeles, lo será también mío y estará en mí como está en ellos. Veré y sentiré en mí y viviré dentro de mí a Jesús y yo en Jesús dentro de Jesús gozaré su arrobadora hermosura. Estaré envuelto y saturado de su misma gloria y hermosura.

163.—La venerable Ana de San Agustín en una visión del cielo vio que del pecho de Jesús salían rayos hermosísimos de luz de gloria y se repartían a todos los bienaventurados y a cada uno daba la intensidad de felicidad en proporción de las virtudes que en la tierra había practicado[11]. La luz que iluminaba a todos y la gloria que gozaban procedían de Jesús, Dios-hombre; porque la Persona de Jesucristo, la Sabiduría divina, es quien ilumina el cielo de la perfectísima luz sobrenatural, lo esclarece todo de belleza y delicia y comunica la gloria y la dicha.

En el cielo Jesucristo consuma en altísima y sobrenatural gloria la unión de amor o matrimonio espiritual, ya inseparable y dichosa, que con las almas santas hizo en la tierra, y la unión no es estar lejos, sino hechos una misma cosa. Estaremos en la luz de Dios y de Jesús. Viviremos en Él su misma vida y entenderemos en su entender.

Si sola la vista de los cuerpos gloriosos de los bienaventurados, decía Santa Teresa, cuando se los mostró el Señor, que producía dicha[12], por tanta hermosura y contento, ¿qué no producirá el cuerpo glorioso de Jesucristo, que es de quien irradia la ternura y hermosura a todos los bienaventurados, llenándolos de desbordado júbilo y perpetua alegría?

11. V. Ana de San Agustín, en *Reforma del Carmen*, lib. XVI, cap. 33.
12. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27.

¿Qué se sentirá viviendo en la fuente misma de tanta hermosura y de tanto júbilo y contento?

Estaremos en Dios glorioso. Estaremos disfrutando de la misma gloria de Dios en Jesucristo y con Jesucristo. Veremos y nos gozaremos en conocer ya a Dios y a Jesucristo Dios, por quien nos viene todo bien, y conoceremos exactamente la razón de la Encarnación del Verbo, que no fue sólo para redimir al hombre de su caída por el pecado original y abrirle las puertas del cielo; fue también para dar gloria a Dios infinito de un modo digno de Dios y mostrar su poder y sus maravillas uniendo con unión personal la naturaleza de un hombre a la misma divinidad y constituyéndole Rey de la creación, ganando su cetro con la práctica de las virtudes más heroicas y selladas con la aceptación y ofrecimiento de su Pasión afrentosa y para mostrar otras innumerables maravillas que ahora nos son totalmente desconocidas.

En el cielo, irradiando gloria y júbilo, recibirán nuestras almas gozo especial y darán más deleitosa alabanza a Dios viendo y conociendo el altísimo e inigualable amor que Jesucristo vivió en cada una de las acciones ordinarias de su vida oculta de Nazaret durante treinta años de su corta vida y la gloria que allí estaba dando a Dios y redimiendo al mundo. En el cielo nos admiraremos de la altísima Providencia de Dios en haberse encarnado en una mujer pobre y muy recogida y haber redimido a la humanidad

por un medio tan extraño de vivir, menos tres años, una vida retirada y como desconocido en una aldea pequeñísima, en un oficio trabajoso y duro, para terminar con la pasión dolorosa y terriblemente ignominiosa ante las autoridades y ante el pueblo de su nación. En la tierra nos parecen medios improcedentes y muy a propósito para que los romanos no creyeran en Él y persiguieran a sus discípulos por seguir y adorar a un crucificado condenado a ese suplicio por la autoridad.

En el cielo veremos y admiraremos el amor ardentísimo con que realizó todos y cada uno de los actos de su vida oculta y de la pública y hasta lo inmenso de cada uno de sus deseos y respiraciones. Con el perfectísimo y abnegado ofrecimiento y amor a Dios de toda su vida y de todas sus especialísimas cualidades nos mereció la redención y ser Rey de la creación entera.

Y en el cielo nos llenará de gozo la ternura tan sin límites y el amor tan extremado de Jesús para con la Virgen, su Madre. Es el mayor amor humano y creado que ha habido en la tierra y es el más tierno, efusivo y admirable que veremos en el cielo.

Jesús está de modo especialísimo y el más glorioso en la Virgen, y la Virgen lo está en Jesús, produciendo la maravilla más sorprendente y la más gloriosa. En lo creado, todas las miradas se centrarán en la claridad de este Sol infinito de Jesús

iluminándolo y embelleciéndolo todo y a la Virgen sobre todos.

Viviré en Jesús. Eternamente mi vida estará en Él y será la suya. El entender y el amar de Jesús será mi entender y mi amar para siempre. Su gozo y su felicidad serán mi felicidad y mi gozo. Estaré tan unido en amor y gozo con Jesús que seré una misma cosa con Él y una misma dicha. Me ha hecho participante de su perfección y de su gloria de Dios. Con Él viviré en la perpetua y dichosa alabanza a Dios. Dios mío, bendito seas. Para esto me criaste. Me has dado a Jesús glorioso. Ya Jesús es mío y yo de Jesús en gloria y en felicidad para siempre. Seré ascua en este fuego divino; seré molécula brillante en este Sol eterno.

CAPÍTULO XXVII

Compañía y convivencia gloriosa con la Virgen y con los ángeles

164.—En el corazón del cristiano está muy viva la añoranza de la ternura y del afecto de la Virgen María por ser Madre de Jesús y Madre nuestra. Su amor es superior al de todas las madres. Nuestra ansia es verla en el cielo y sentir la caricia de su amor maternal y sobrenatural. Si en la tierra la aclamamos con amor y la invocamos en nuestras necesidades, si la recordamos tan llena de hermosura y de bondad, ¿qué vuelco de gozo dará el corazón del bienaventurado al verla tan llena de especial claridad en el esplendor de Jesús y cuando se nos muestre gloriosa y nos hable con todo el amor de Madre dulcísima?

Ahora, sin verla, hablamos de ella, soñando sus perfecciones movidos del afecto, de la fe y de la razón. En el cielo la veremos como Madre de Jesús

y como Madre espiritual de los hombres, llena de la gracia de Dios; o sea, llena de las maravillas de Dios. En el cielo veremos y admiraremos todos los prodigios que Dios acumuló en su alma, la hermosura y riqueza de gracia y de amor con que la levantó y engrandeció hasta hacerla Reina de la creación junto con Jesús, y la fidelísima fidelidad con que la Virgen correspondió a las gracias de Dios. Porque veremos a la Virgen y nos verá. La hablaremos y trataremos y nos hablará y tratará no por intermediarios, sino directa y amorosísimamente. Y no a lo lejos ni interponiéndose persona u obstáculo alguno entre Ella y nosotros, sino junto a Ella, y diré también que en Ella. Nos hablaremos con las palabras de los labios y con la palabra callada y eficaz con que se hablan los bienaventurados en el cielo, que es comunicándose la idea y la verdad directamente, de entendimiento a entendimiento, y el amor de voluntad a voluntad y viéndolos, de modo que no cabe error ni inexactitud o imprecisión. Todo se comunica y se ve en la Verdad y en la Luz infinita de Dios.

Con regocijo desbordante la veremos y admiraremos glorificada por todas las generaciones y por todas las jerarquías de los ángeles sobre toda la creación, con Jesucristo y en Jesucristo. La que fue humildísima y fidelísima en la tierra aparece gloriosa, coronada por Reina de los cielos y tierra y más Madre que Reina; la veremos y admiraremos como la obra y el milagro del poder y del amor de Dios,

que quiso mostrar reunidas en su alma de pura criatura tanta grandeza y tanta maravilla. Porque gozaré con gozo grande y delicioso júbilo viendo ya claro el misterio de María en ser Madre de Jesús, y cómo en una criatura pudo Dios poner tanto amor, el amor que la Virgen tenía a Dios, y cómo le vivía y fomentaba en su vida callada y oculta.

En el cielo veré a la Virgen en el mismo Dios, y el resplandor de amor de su voluntad iluminará el mío. Me gozaré en mostrarme más hijo suyo que nunca y Ella se me mostrará más Madre mía y con mayor ternura que nunca en la más acogedora e íntima confianza y convivencia. ¡Oh Madre!, te admiraré y alabaré llena de bondad, de amor y de belleza de Dios, y Tú me regalarás con ella. Mi alma y mi alegría estarán unidas a las tuyas y cantaré con los ángeles y contigo misma el contento de verte hecha por Dios Reina de la creación sin dejar de ser Madre mía y de todos los hombres. Conversaré y conversaremos todos con la Virgen, y para mí y para cada uno de los bienaventurados serán sus caricias y delicadezas maternales de cielo con regocijo común, como si sólo fueran para cada uno en particular. Porque tengamos muy presente que para las almas no hay distancias, están juntas sin estorbarse ni entorpecerse, y para los cuerpos gloriosos será como si no las hubiera, por sus dotes gloriosas, y estaremos juntos y distintos. Su gozo será mi gozo y de todos.

Veré, Madre mía, la riqueza y belleza de tu alma, y me gozaré en admirar también la belleza y gloria de tu cuerpo rutilante sobre todos y muy semejante al de Jesús.

En una visión veía la venerable Ana de San Agustín en el cielo que el rostro glorioso de la Virgen se parecía en todo al de Jesús y tenían sus delicias en comunicarse sin dejar de comunicarse al mismo tiempo con los bienaventurados; porque en el cielo todos viven para todos sin impedimento ni dificultad alguna y todos para cada uno. Todos viven, se ven, se comunican y disfrutan sus gozos en Dios a modo de eternidad. ¿Cómo será la delicia del cielo? Si decía Santa Teresa que sólo ver en el cielo hablar aquella boca de Jesús con tanta dulzura, llenaba de delicia ¿cómo será también, Madre mía, la dulzura de tus labios cuando me hables? ¿Cómo la sonrisa de tu dulcísima ternura y alegría? ¿Cómo tu mirada sobrenatural y feliz al fijarse en mí? Y ya no la apartarás de mí ni yo de Ti y siempre producirá renovado gozo.

¡Oh Madre mía dulcísima! Guíame y ayúdame ahora en la tierra para que en el cielo te vea y me goce en tu gozo y alabe a Dios en el agradecimiento y júbilo de tu alabanza y sea mi felicidad en compañía de tu felicidad. ¡Qué unida estará mi alma a la tuya y mi entender y amar al tuyo en la más inexplicable compenetración y exaltación! Dios lo llena todo de gloria y vivimos en su vida.

Es insoñable e incomprensible la variadísima amenidad del cielo y la deleitosa comunicación y unión que hemos de tener con todos los ángeles y bienaventurados, con Jesucristo, el Redentor, santificador y glorificador de las almas, con la Reina del cielo y en la misma esencia y gloria infinita de Dios! ¡Oh soñar dichoso!

Si ahora sé que hablo con vosotros y sé que me estáis oyendo y me atendéis; más aún: sé que estáis conmigo, ¿no hablaré y estaré yo con vosotros y junto a vosotros en el cielo? ¿No estaréis vosotros conmigo y en mi alma y me llenaréis de gozo? ¿Habría de ser mejor la condición en la tierra que en el cielo, ya que estoy con vosotros cuando lo deseo y os hablo y os miro, si en el cielo estuvierais lejos de mí y no pudiera hablaros directamente?

¡Qué feliz delicia! ¡Estaré con Jesús y en Jesús y Jesús conmigo y en mí! ¡Estaré con la Virgen, mi Madre, y la Virgen estará siempre comunicándome gloria junto a mí y en mí!

165.—¡Con cuánto gusto escuchaba yo al religioso que me exponía las consoladoras y admirables verdades de nuestra fe y de nuestra esperanza! Mi alma se llenaba de consuelo. Encontraba mucho más de lo que había venido a pedirle. Eran verdades para mí desconocidas y llenas de tanta luz, que movían mi voluntad a una vida de mayor entrega a Dios y a la virtud. Y hasta por mi mente pasaban llamadas

o insinuaciones de quedarme allí en aquella soledad con Él para vivir la vida santa que él vivía. ¿Qué hacía yo en la vida del mundo? ¿No ganaría más cielo saliendo del mundo y viviendo todo para Dios y para pedir y hacer penitencia para convertir y santificar las almas como Él hacía?

Yo le miraba con santa envidia. Le veía con el semblante oreado de contento y encendido; pensaba yo que sería por las mismas verdades de que hablaba. Si me encendían y movían a mí, es porque su alma y su mente estaban bien encendidas en amor. Inclinó un poco la cabeza sobre el pecho y, tras un breve espacio, exclamó muy suave y dulcemente, como hablando consigo mismo: «¡Oh constelaciones angélicas, inmensas e innumerables! ¡Oh brillantísimas galaxias y supergalaxias de las jerarquías de los ángeles, de una inmensidad, belleza y número superior a lo que puede concebir mi pobre entendimiento y aun todo entendimiento criado! ¡Oh Constelación y Claridad Suprema de Jesús, que envuelves, embelleces e iluminas a todas, y en la que destaca la Virgen como sol de mayor brillo! Iluminadme a mí para que, admirando vuestra gloria y vuestra hermosura y tanto derroche de maravillas como admiro en vosotros, alabe con vosotros a Dios infinito creador y glorificador vuestro y mío. Que mirando y admirando vuestras perfecciones y que he de ser compañero vuestro en la gloria me mueva a amar a Dios cada día más.

Porque también yo pertenezco o espero he de pertenecer a estas constelaciones envueltas e iluminadas por la de Jesús. También yo espero estar brillando y cantar en exuberancia de gozo las misericordias de Dios para siempre. Alabad vosotros, ángeles todos del Señor, alabad a Dios, que tan hermosos y tan sin numero os crió. Alabad a Dios por mí y permitidme que una mi alabanza y mi gozo al vuestro. Alcanzadme fortaleza en mi mirada para que os admire. En medio de todos y con mayor hermosura veo a Jesús y a su Madre, la Virgen. Y digo en medio por expresarme de algún modo. Estáis en ellos y con ellos.

Y mirándome con cariño continuó muy contento: Veremos a los ángeles en toda su hermosura y número cuando estemos en el cielo. Los veremos, los conoceremos a todos y los trataremos colectiva e individualmente. Los conoceremos, trataremos y conviviremos familiar e íntimamente con ellos en Dios y ellos con nosotros. Gozaremos con sus gozos. Todos estaremos en la regaladísima verdad o luz de Dios. En la luz de Dios nos lo comunicaremos todo y nos amaremos, y su canto de felicidad también será nuestro propio cántico de amor.

Los astrónomos modernos hablan de las inmensidades espaciales del universo, de las maravillas del firmamento, de las vertiginosas velocidades de los astros y su concierto con sus fuerzas de atracción moviéndose todos concordes hacia un punto del

universo. ¿Y cómo no asombrarse o anonadarse ante la multitud de galaxias y supergalaxias tan inmensas o más aún que nuestra Vía Láctea, con billones de estrellas que ya ven con sus telescopios actuales y las que van apareciendo cada día con los nuevos de mayor alcance y perfección? Y en todas esas constelaciones y supergalaxias hay miles de soles miles de veces más brillantes y más grandes que este sol que tanto nos admira y nos alumbra y nos da vida.

Y ciertamente son para asombrar las distancias que nos dicen hay de unas a otras, como sus velocidades y el orden y la precisión de sus movimientos de rotación y traslaticios, como el influjo y atracción de unos para con otros. Todo es para pasmar de asombro con tanta grandeza, tanto número y tanto orden y precisión. ¿Quién no se sobrecoge de admiración ante los cientos de miles de millones de años de luz que suponen hay de distancia de un confín del universo al otro, sabiendo que el año de luz tiene nueve billones de kilómetros? Y nos dicen ahora, no sabemos lo que dirán mañana con los nuevos conocimientos e inventos, que hay que duplicar las cantidades que nos daban hasta el presente. ¿Quién puede no ya escribir, pero ni aun figurarse tanto número? Todas estas obras son, Dios mío, grandezas tuyas, porque Tú las has hecho, las conservas y las gobiernas, y las has hecho para mí; no para que las disfrute y conozca ahora en la tierra, sino para conocerlas y gozarlas después en el cielo.

Las conoceré todas, serán mías, las poseeré gloriosamente cuando yo sea Rey de la creación como me dijiste en tu Escritura Divina. Y toda esa grandeza es como nada comparada Contigo. Todo es para admirarte más, y alabarte y amarte más. Y me darás todo eso y te darás Tú mismo. Estaré en Ti, disfrutaré tu misma gloria y tu mismo gozo.

166.—Si tanto me admiran estas maravillas materiales, ¿qué llegaré a ver cuando se descorra el velo de la ignorancia y se me presenten y conozca las maravillas espirituales y gloriosas del cielo? ¿Qué impresión y qué admiración sentirá mi alma al ver y conocer ya claramente las maravillas y bellezas del mundo espiritual sobrenatural? ¿Cuál será la exaltación de gozo que me penetrará cuando entre en el cielo y conozca y contemple las sobrenaturales grandezas de las almas bienaventuradas y las gloriosísimas hermosuras y armonías de los ángeles? Porque ni la hermosura, ni las perfecciones ni el número sin número de los ángeles puede concebirse y supera a todo lo imaginable.

Todas las maravillas y grandezas del mundo material —y aun cuando nos parezcan muchas, no conocemos casi ninguna y perfectamente ninguna—, todas estas maravillas no tienen ni comparación con las del mundo espiritual y menos con las del mundo sobrenatural. Un solo ángel, una sola alma humana, vale más que toda la creación mate-

rial con todos los astros y todos los secretos y misterios que encierran y no conocemos. Me parece muy exacto que *un solo pensamiento... vale más que todo el mundo*[1], ya que la materia no entiende y el pensamiento es espiritual.

Dios crió los espíritus para ser felices, pero también para que conocieran sus obras y al mismo Dios, y conociéndole y poseyéndole fuéramos felices.

El universo material ni puede conocerse a sí mismo, ni puede conocer a Dios su Criador ni puede sentir gozo. Carece de entendimiento.

No crió Dios el mundo material, ni tantos millones de astros ni tantas maravillas vivas o inertes para ellos mismos. No pueden conocerse. Los crió para que los conociera, admirara y gozara la criatura espiritual y los poseyera y se recreara en ellos, y gozándose alabara y diera gracias a Dios. La criatura intelectual es la única que puede conocer estas maravillas de Dios en la creación. Ahora, en la tierra, ni las conocemos ni las poseemos o disfrutamos. Las veremos, conoceremos y disfrutaremos en el cielo, sin cansancio y con gozo; las conoceremos perfectamente y nos desharemos en admiración y en alabanza a Dios.

No se toca el instrumento músico para el mismo instrumento. El piano no entiende las armonías que

1. San Juan de la Cruz: *Avisos*, 34.

en él produce el músico. Se toca para el que lo oye, entiende y lo aprecia.

Dios creó los astros y todo el concierto del firmamento y todas las maravillas de la tierra con sus leyes y propiedades para los ángeles y para los bienaventurados. Las conoceremos, poseeremos y gozaremos en el cielo. Allí seremos en verdad reyes de la creación.

167.—Si tan numerosas y portentosas maravillas materiales ha criado Dios, ¿cuántas, en número incomparablemente mayor y de inmensa mayor perfección, no habrá creado en el mundo espiritual y en el mundo sobrenatural? Porque, ¿cómo ha de compararse la creación material con la perfección tan sublime y con el número de la espiritual y sobrenatural?

Me gozo en mirar la hermosura de los ángeles, tan espléndida y radiante, y mi gozo no es menor pensando que el número de los gloriosísimos espíritus angélicos es de una proporción elevada al máximo, respecto al número de seres racionales que existan, hayan existido y hayan de existir no sólo en la tierra, sino en todos los demás astros que puedan estar habitados y quizá sobrepoblados más que la tierra. Yo cierro estos mis ojos del cuerpo y atiendo con los del alma, muy abiertos, a la multitud innumerable de brillantísimas constelaciones y fulgu-

rantísimas galaxias de jerarquías angélicas, cuajadas de ángeles rutilantísimos e inmensamente más numerosos que las de los astros y que todos los hombres.

Cuando Dios nos infunda la luz de gloria y el entendimiento levantado sobre su natural capacidad de entender a la sobrenatural, empiece la visión gloriosa de Dios, en esta visión de Dios empezará también a ver la sorprendente maravilla de esas nobilísimas jerarquías angélicas y una multitud innumerable de ángeles, diferentes todos unos de otros, y tan bellos y embelesadores todos que producirán el pasmo de la admiración y un arrebatado éxtasis de júbilo llenará toda el alma.

Porque tengo para mí que Dios ha creado de esos espíritus perfectísimos mayor número que de ninguna otra criatura. Y si es verdad que todos ellos individualmente y todos juntos son como nada comparados con la perfección y hermosura infinita de Dios, también es verdad que son la más grande maravilla y el mayor prodigio que Dios quiso hacer, y la mayor hermosura colectiva de la creación. Y todos conocen y alaban y cantan su felicidad en la felicidad de Dios con el himno más glorioso de júbilo y agradecimiento.

168.—Cerrando mis ojos me recreo pensando que estoy rodeado y acompañado no sólo del Ángel de mi Guarda, sino de multitud de ángeles bellísi-

mos que están gloriosos alabando a Dios. ¡Oh mis amados y admirados ángeles! Permitidme me mire yo viviendo entre vosotros, en las refulgentes constelaciones que vosotros formáis. Miro mi fealdad envuelta en esa sobrenatural luz y hermosura. Permitidme una yo mis alabanzas a Dios con las vuestras gloriosas y que, con vosotros, cante las magnificencias de Dios. Gozo mirándome entre vosotros en esas rutilantes galaxias sobrenaturales que formáis y regalándome con vuestras armonías dulcísimas e iluminándome con vuestras claridades del cielo. Y ciertamente no son sueños o quimeras vanas, sino realidades muy superiores a la percepción de los sentidos de mi cuerpo terreno y a mi fantasía.

Quiero hablar con vosotros y trataros ahora en mi retiro y silencio y estoy cierto de que me escucháis y atendéis. Me envolvéis y esclarecéis en vuestro amor.

Si se piensa que el demonio nos tienta y está muchas veces a nuestro lado incitándonos al mal, yo pienso y me gozo en mi pensamiento que está conmigo no sólo el Ángel de mi Guarda, sino muchos ángeles que me acompañan y me dan su amor, y uno mis alabanzas a las suyas y gusto de conversar con ellos y que nunca me veo ni más ni mejor acompañado que cuando estoy solo, porque estoy con los ángeles, porque los ángeles están conmigo.

No tiene tanta libertad ni tanto poder el demonio para hacer mal en las almas como tienen los

ángeles voluntad y poder para hacer el bien. El poder de los ángeles es inmensamente superior al de los demonios. ¡Oh ángeles, mucho os amo y os admiro y sé que vosotros me amáis aún más y me ayudáis! ¿Cuándo os veré?

La fe me enseña que viviremos envueltos en altísimas bellezas que no podemos conocer ahora ni aun sospechar. ¡Oh grandeza del mundo de la fe! Aumenta, Dios mío, la fe en mí para que mis obras de fe den testimonio de mi amor.

El día dichoso de la entrada en el cielo, que es el día de la eternidad triunfante y de la transformación gloriosa, conoceremos todas las jerarquías angélicas y veremos y conoceremos a todos y cada uno de los ángeles y nos maravillará su inmensa variedad de hermosura y la diferencia de gloria.

169.—Conoceremos y trataremos a todos los ángeles y conviviremos íntimamente con todos ellos en la gloriosa familia del cielo. Allí no hay nadie desconocido ni nadie que no nos trate y a quien no trataremos con amor y gozo verdadero. Formaremos la gran familia del cielo viviendo todos en Dios y su vida.

Conoceremos y trataremos íntima y confidencialmente con todos en Dios y directamente con ellos en sí mismos. No viviremos a larga distancia de ellos ni los veremos a lo lejos, como están lejanas unas de otras las estrellas o las galaxias del firma-

mento, sino juntos, en ellos mismos; mi entendimiento unido al suyo y mi voluntad a la suya, leyendo o viendo y mutuamente comunicando en el mismo entendimiento; porque tengo muy presente que para los espíritus no hay distancias. Nos trataremos individual, colectiva y simultáneamente con ellos y ellos con nosotros.

Todos nos comunicaremos y hablaremos en el lenguaje callado del cielo, que es la comunicación directa de la verdad y del amor, sin que pueda haber ni inexactitud de expresión ni ruido molesto de palabras. Es la claridad y hermosura acariciadora de la idea y de la verdad misma la que se comunica. Oiremos sus dulcísimas armonías de exaltación de gloria y de feliz alabanza a Dios, armonías siempre nuevas, siempre más deleitables. Armonías purísimas de espíritu y de entendimiento en puro gozo, sin estridencias de instrumentos, ni ruidos ni disonancias. Tengo presente que ni los ángeles, ni los bienaventurados antes de la resurrección tienen cuerpos ni gargantas. Son armonías y dulzuras puras, espirituales y de dicha. Es la expresión de la felicidad en Dios, luz inextinguible y manantial perenne de verdad y de dicha.

En el cielo, al mismo tiempo que conociéndolos a todos y tratándolos, sabré y veré lleno de contento cuándo les crió Dios y cuándo entraron en su gloria y cuál fue la prueba que tuvieron, si la tuvieron.

En el cielo veré en Dios y sabré por ellos mismos en qué consistió la rebelión de los que no obedecieron, y lo que ahora no puedo explicarme ni cabe en mi pobre entender, por qué los rebeldes desobedecieron sabiendo el mal que les sobrevenía para siempre y su desgracia sin fin. Allí tuvo su primer origen el mal y la desgracia o dolor. Sabré también la razón de su pertinacia en el mal y cómo les fue prohibida la entrada en el cielo y quedaron envueltos en la tortura y desesperación y si fue crecido el número de los rebeldes.

Lleno de gozo sabré por el mismo San Miguel, Príncipe de los ángeles y nuestro, cómo obtuvo la victoria sobre los rebeldes a la voz de *¿Quién como Dios?* difundida por todas las jerarquías con humildad y reconocimiento agradecido a Dios, y a la aclamación de esa voz repetida por los ángeles entraron a tomar posesión de la felicidad del cielo ¡Oh puertas del cielo y de la dicha, que os abristeis a la voz de la humildad, del agradecimiento y de la alabanza a Dios! ¿Cuándo os abriréis para darme entrada a mí? ¡Oh suavísima claridad de delicias que envuelves a todos los ángeles en dicha! ¿Cuándo me envolverás a mí?

¡Oh mil y mil veces dichosas vosotras, rutilantes constelaciones y esplendorosísimos soles de los coros y jerarquías de los ángeles! Permitidme que me goce ahora pensando en vosotros y uniéndome a vuestra dicha y a vuestro eterno júbilo y alegría

mientras espero acompañaros, con vuestra ayuda, en el día de la eternidad gloriosa. Permitidme que escuche vuestras armonías y admire vuestra hermosura y me una a vuestra jubilosa alabanza que dais a Dios. Pedid a Dios por mí para que nunca deje de amarle, obtenga como vosotros el triunfo con la humildad y fidelidad y esté unido a Él y a vosotros ahora en amor, allí en amor y en gloria.

Hacedme participante de vuestro amor para que piense en Dios y ese día del cielo lo sea en vuestro gozo y agradecimiento a Dios y en vuestra compañía.

¡Qué mundo nuevo de gloria y de gozo nos espera para vivir la vida de Dios en compañía de tan dichosas y perfectas criaturas! ¡Cómo quedará el alma extasiada en la dulcísima actividad de tan gratísima compañía en el gozo infinito de Dios! ¡Qué gama tan variadísima de belleza y jubilosa alegría y qué contrastes tan sorprendentes de luces y delicias son los del cielo! ¡Siempre los mismos, siempre distintos, siempre renovados en embeleso!

Pero aun en la tierra, aquí, en estos momentos, ¿cuántos ángeles bellísimos no me rodean y me acompañan, y me miran y me hablan? Y están conmigo y me prestan sus alabanzas o me acompañan en las mías, en especial cuando recibo en la Eucaristía a Jesús, el mismo Jesús que está en el cielo. Porque con Jesús están los ángeles y me acompañan y rodean. Todos somos un amor.

¡Oh armonías y fragancias y claridades espirituales y sobrenaturales que me envolvéis ya ahora, aun cuando no las perciba, como no percibo esas subpartículas que llaman neutrones y atraviesan mi cuerpo sin sentirlas! ¡Cuándo entraré en Dios, verdadero cielo glorioso, para quedar extasiado ante sus suavidades y hermosuras!

¡Oh Luz, oh Claridad, oh Belleza eterna y siempre nueva! ¿Cuándo me será dado gozar de tu dicha? Vivo en Dios; estoy rodeado de la claridad de Dios. Seré ciudadano del cielo. Los ángeles están conmigo. Son mis amables compañeros. ¡Ayudadme, oh mis amados acompañantes!

170.—Pronunciadas estas palabras quedó en silencio con la sonrisa en el semblante y el rostro encendido. Yo le miraba y admiraba y pensaba: ¿Qué será el cielo? ¿Cómo serán sus armonías y bellezas? ¿Qué serán los ángeles en sus delicias? ¿Qué será Dios infinito, infinito en todo bien y en toda perfección? ¡Y veré a Dios! ¡Y viviré en Dios su misma vida! ¡Y viviré y trataré con amor gozoso, íntimo y fraternal con todos los ángeles y bienaventurados!

Todos nos comunicaremos simultáneamente en Dios y en las criaturas, con la más placentera voluntad y con el orden más perfecto. En el cielo no cabe el desorden, ni la coacción ni la aglomeración. La Ley que rige toda la vida del cielo es el amor

glorioso en el Amor y en la Voluntad de Dios. El amor es darse y comunicarse; es mutuo gozo y alegría. En el cielo no hay soledad ni incomunicación, sino gozosísima comunicación, unión y compenetración. Allí no hay incomprensiones.

Me encontraba yo lleno de inusitado contento y, hablando conmigo mismo, me decía: Alma mía, en el cielo vivirás en la más deliciosa compañía con los ángeles, con los bienaventurados. En el cielo ya no tendrás más dudas, ni ignorancias, ni sentirás más nostalgias o tristezas. Ya de nadie sentirás envidia. Todo lo sabrás, todo lo comprenderás y poseerás. Nada te faltará de cuanto desees. Vivirás en perpetua alegría amando y siendo amado. Vivirás en Dios y Dios será tu amor y serás amado de Dios. Dios será tu voluntad y tu querer y el querer y la voluntad de todos.

E instintivamente se me entornaron los ojos para fijar toda mi atención en lo íntimo de mi alma, rebosante de gozo por aquellas dulcísimas verdades para mí totalmente nuevas y soñadoras sobre la vida del alma bienaventurada en el cielo y sobre el trato y familiaridad con los ángeles.

Sentí como si una atmósfera de claridad, de fragancias, de armonías de cielo hubiera invadido todo mi ser interior, y exteriormente, en suavidad y en bálsamo de gloria y de un contento nunca soñado.

Mirando a mi ángel dentro de mi alma le dije muy callado: ¡Oh mi ángel, mi ángel amado y com-

pañero inseparable! Ilumíname ahora, fortaléceme, guíame. En el cielo conoceré la compañía que siempre me hiciste durante mi vida en la tierra, las inspiraciones que me insinuaste, los peligros de que me libraste y cuánto me ayudaste para conseguir mi salvación. ¡Cuánto allí te lo agradeceré en la mayor alegría, ángel mío querido, ya que aquí ni te amo cuanto debiera ni siempre acudo a ti pidiendo tu ayuda, que nunca me escatimas! ¡Cuánto nos gozaremos en el cielo juntos en la mayor alegría y juntos agradeceremos al Señor su Bondad!

¡Oh ángeles, que también ahora me estáis viendo, acompañando y ayudando! Quiero miraros y hablar con vosotros. En el lenguaje del amor todos nos entendemos. Ayudadme más para que os acompañe para siempre en la infinita luz y hermosura infinita de Dios viviendo todos unidos su misma vida y felicidad.

171.—Ni un momento apartaba yo mi mirada de los labios del amado religioso, queriendo beber las palabras tan llenas de luz y de aliento y grabar imborrablemente en mi inteligencia las hermosuras tan ideales que me hablaba sobre la vida gloriosa del cielo y sus delicias y goces. ¡Lo había deseado tanto!...

Una alegría nunca sentida invadía mi espíritu y reanimaba todo mi ser oyendo las relaciones gozosísimas, familiares, sobrenaturales, de íntimo amor que el bienaventurado vivirá en el cielo junto a

Jesús, junto a la Virgen, junto con los ángeles gloriosos. En el cielo no seré un aislado, ni un desconocido, ni un menor de edad, ni un anciano; en el cielo seré un miembro vivo, perfecto y glorioso y muy amado de toda la familia celestial.

En el cielo no estaré a distancia de los demás ni de Jesús, sino íntimo, unido, hecho una misma cosa con Él, sin perder la personalidad. No lo comprendo ahora, pero así tiene que ser, a semejanza de como estamos en Dios. Jesús en la tierra se nos da a todos en la Eucaristía; se nos da en amor y en realidad de unión. Porque Jesucristo en la Eucaristía es el mismo que está en el cielo glorioso, y glorioso está en el Sagrario. Si se nos da en la tierra todo a cada uno y se hace uno con nosotros, con mayor razón se nos dará en el cielo todo a todos y a cada uno como si fuera sólo para cada uno, y nos daremos a Él. Ahora no lo entiendo. Allí ya lo veré, y comprenderé y lo viviré. Dios es todo poderoso y sabe hacerlo y es quien lo hará. Estaré en Jesucristo. Te veré, oh mi Ángel amado de la Guarda; te veré glorioso en el cielo. Te veré, y te trataré, y me gozaré con tu gozo ya en posesión de la felicidad y en la visión de Dios. En Dios te agradeceré lo que ahora haces conmigo. Seremos felices en Dios. Tú me introducirás en las brillantísimas constelaciones angélicas donde lucen los ángeles contigo como soles de hermosura y sabiduría, y estaré entre ellos, hablaré y trataré con ellos, seré feliz con ellos, gozaré con sus delicias.

¡Oh claridad del cielo! ¡Oh suavísimas armonías y fragancias angélicas! ¡Oh lenguaje callado de los ángeles, lleno todo de verdad, de amor y de alegría! ¿Cuándo estaré ya envuelto y viviendo con vosotros? ¡Oh ángeles dichosos y amados, que siempre os lleve en mi recuerdo y guiadme hasta estar hecho sol como vosotros y alabando a Dios y en su felicidad! ¡Viviré glorioso en Dios con las jerarquías angélicas!

Esto hablaba dentro de mí mismo añorando esas compañías y armonías, y la memoria me presentó muy viva la poesía de la vida del cielo:

> Oye allí otro modo
> de no perecedera
> música, que es de todas la primera.
> ¡Oh desmayo dichoso!
> ¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
> ¡Durase en tu reposo,
> sin ser restituido
> jamás a aqueste bajo y vil sentido![2]

Me sentía feliz en aquel momento pensando y casi como viviendo el veré, conoceré, trataré y viviré feliz con todo ese fúlgido mundo sobrenatural. Estaré hecho delicia y contento en la gloria infinita de Dios, con sus ángeles. La luz y claridad del sol nos ilumina y envuelve a todos en la tierra; en el cielo todos viviremos y gozaremos en la realidad de la infinita Hermosura y felicidad de Dios.

2. Fray Luis de León: *Poesía a Salinas.*

Capítulo XXVIII

Convivencia de unos bienaventurados con otros en el cielo

172.—Muy rápido me sobrepuse para continuar mirando y oyendo con toda mi atención al amado y admirado religioso. Le veía lleno de apacible contento, como gustando anticipos celestiales.

Le dije:

—No sé cómo agradecerle la bondad que conmigo ha tenido y la claridad con que me ha expuesto la vida gloriosa del alma bienaventurada en el cielo y el haberme enseñado los conocimientos, los gozos y las relaciones que allí tendremos con los ángeles y las imponderables bellezas y alegrías que disfrutaremos en Dios. No es vida inactiva ni desasosegada la del cielo, sino vida deliciosa y descansadamente activa y comunicativa. No es vida

monótona, sino de una continua novedad y variedad siempre más agradable, siempre llena de delicias, siempre en la jubilosa satisfacción y dicha.

Me da nueva alegría siempre que me repite con tanta seguridad que en el cielo seremos como ángeles y seremos dioses por participación, viviendo la misma vida feliz de Dios, porque nos comunica o hace participantes de su misma naturaleza, de sus perfecciones y de su gloria y nos introduce en la familiaridad de sus ángeles gloriosos, dándonos muchas de sus cualidades.

Ante mi fantasía se presenta la deslumbrante y feliz familia del cielo, de la cual espero en el Señor ser un miembro glorioso. El cielo es vivir y convivir con Dios íntimamente, o es vivir su misma vida gloriosa y entender y amar en su mismo entender y amar. Veré y comprenderé a Dios y gozaré en el mismo Dios sus delicias.

Veré y comprenderé a Jesucristo en el esplendor de su gloria y estaré y viviré en Él y Él en mí, haciéndome suyo.

Veré y conviviré con la Virgen y con los ángeles del cielo. Con ellos estaré y trataré en cordial unión. La Virgen será mi Madre gloriosa. Formaremos todos en muy íntima unión y compenetración la triunfal Familia de Dios en el cielo.

En la gloria estaré siempre familiarmente relacionado, en trato continuo con las criaturas más perfectas y ya gloriosas, como son los innumera-

bles ángeles de todos los coros y jerarquías y los bienaventurados gloriosos. En Dios lo sabré todo, lo conoceré y poseeré todo, lo disfrutaré y gozaré todo en la más agradable delicia. Todos viviremos la gloria en la claridad infinita de Dios. En Dios se vive el verdadero conocimiento con exuberancia de delicia.

Vemos que muere una persona amada y no tengo ya más relación con ella. ¿La tendrá ella conmigo? ¿Qué relaciones tienen los bienaventurados con los que aún vivimos en la tierra? ¿Qué conocerá el alma bienaventurada de la vida de la tierra y de los acontecimientos actuales? Yo hablo y me dirijo a las almas del purgatorio y pido por ellas, o a las que están en el cielo. Pido y me encomiendo a los santos, porque creo que ellos me oyen —de hecho nos alcanzan algunas gracias que les pedimos—. ¿Cómo pueden oírme? ¿Es verdad que me oyen y me atienden? ¿Están conmigo y me ven? ¡Qué misterios! ¡Qué silencio! ¿Están conmigo cuando yo les hablo, y les miro y les pido con amor en el silencio interior de la oración?

—Bien haces —me dijo con mirada amable el religioso—; bien haces en pensar y en exponerme esto que nos espera. Ciertamente no produce pequeño deleite pensarlo, y dentro de la oscuridad e ignorancia que nos envuelve se traslucen verdades muy hermosas y consoladoras a través del velo de la fe. La fe no concreta ni detalla muchas verdades,

pero deja entrever algo de claridad de la inmensidad de luz de la atmósfera sobrenatural.

El cielo es el lugar de delicias y la morada dichosa de la familia sobrenatural bienaventurada. *Son los cielos nuevos y la tierra nueva que esperamos conforme a sus promesas, donde habitará eternamente la justicia*[1], como nos anunció el Señor. El cielo es la gloriosa sobrenaturalización de la vida del hombre y aun de los elementos, donde se gozará y conservará sobrenaturalizado todo lo bueno de la tierra y se perfeccionará, y todo lo malo e imperfecto desaparecerá. En el cielo todo será transformado en perfección, en gloria, en regocijo.

El cielo es la ciudad no amurallada y con edificios, ni con límites ni calles, sino la ciudad celestial en la claridad de la luz sobrenatural, en la armonía sin disonancias, en la alegría y sabiduría sin ruidos ni disensiones. En el cielo no hay opiniones, hay conocimiento cierto y uniforme.

173.—La vida feliz del alma bienaventurada en el cielo es a semejanza del ángel y a modo de vida eterna o eternidad. El alma no tiene cuerpo ni se une de nuevo al que informó en la tierra hasta después de la resurrección de los muertos. El alma es espíritu y no necesita del cuerpo para ser feliz. Cuando Dios comunica al alma la luz de la gloria, empieza

1. San Pedro, 2, 3, 13, y *Apocalipsis*, 21, 1.

su felicidad, porque con la luz de gloria la da Dios las dotes gloriosas que —como dije— son la *visión de Dios,* y en la visión de la esencia divina ve todo lo existente; *la comprensión de Dios,* que es conocer y poseer a Dios y vivir su vida y sus perfecciones; y *la fruición de Dios,* que es gozar sus gozos y su dicha[2] o poseer el disfrute de toda delicia y de todo gozo.

Con estas dotes, el alma posee a Dios, y con Dios posee la Sabiduría divina y el divino deleite. Dios se comunica o se da al alma según la capacidad del alma, y la capacidad es según la luz de gloria, y la luz según los méritos. Nada hay oculto para el alma gloriosa. Vive ya lo que el Evangelio llama *entrar en el gozo de tu Señor*[3], en los torrentes de delicias de Dios. El alma unida a Dios se hace Dios por participación, se hace sabiduría de Dios y gozo o deleite de Dios. Cada alma recibe el grado o intensidad de gloria, de claridad, de sabiduría, de deleite de Dios en proporción de las virtudes y del amor que en la tierra practico o según la gracia que alcanzó.

No se ha de olvidar la inmensa diferencia de gloria que hay de unos bienaventurados a otros. Todos son dichosos, todos gloriosos, todos están llenos y satisfechos, todos unidos a Dios, pero muy diferentes en la capacidad de la visión de Dios, y por eso muy diferentes en la intensidad de gloria

2. Véase cap. XXII, núm. 136.
3. Mateo 25, 21.

que disfrutan, en el fulgor de su conocimiento, en lo radiante de su júbilo y de su amor, como era desigual el grado de amor y de gracia que tenían al expirar. Como los vasos desiguales están llenos hasta rebosar, pero el mayor contiene más líquido o más fragancia que el menor, como la esponja más grande empapa más líquido.

En el cielo, Dios no deja sin premio altísimo ni una sola obra realizada, ni un sacrificio abrazado, ni un acto de amor, ni una respiración, ni aun un deseo santo vivido por Dios, pero el premio altísimo es sumamente equitativo, proporcionado a la obra y al amor. El deseo y la obra fueron pasajeros, el premio será permanente y sin fin.

Si en el cielo conocemos y tratamos individualmente a los ángeles, que son de distinta naturaleza que el hombre y de más alta perfección, con mucha más razón nos conoceremos y trataremos todos los hombres de todas las épocas y de todos los lugares, y nos trataremos colectiva e individualmente; trataremos y nos alegraremos con el más bienaventurado y con el que no es tanto. El conocimiento y el trato es a semejanza del ángel y a modo de eternidad.

Queda dicho que la eternidad es la posesión toda a un mismo tiempo de los bienes, de las verdades y de los seres, simultánea y clarísimamente detallados cada uno de ellos y sus mutuas relaciones en Dios[4].

4. Véase el cap. X, núm. 142.

El ángel ve todo junto, al mismo tiempo y detallado; lo pasado, lo presente y lo futuro lo ve en la claridad de Dios y puede verlo sucesivamente en los mismos seres y acontecimientos.

También el alma bienaventurada, como el ángel, lo verá y conocerá todo en Dios, junto, y al mismo tiempo y minuciosamente detallado. Nosotros nos veremos y conoceremos en Dios no como nos conocemos aquí, sino más perfectamente; nos conoceremos por dentro; conoceremos el alma, el entendimiento, viendo la verdad de lo que pensamos y amamos y la capacidad y perfección que tenemos, y la gloria que disfrutaremos y la razón de habérnosla dado Dios. Ya no es posible error ni engaño. Y como nos conoceremos y trataremos nosotros, conoceremos y trataremos a todos los hombres que están en el cielo, de todos los tiempos y épocas y de todos los lugares. Y veremos a los seres racionales si han existido o existen en otros astros y en otras constelaciones, y los conoceremos y trataremos como a los hombres y a los ángeles, sabiendo su vida, y cuándo existieron y cómo ganaron la gloria que Dios les ha dado. Nos conoceremos y trataremos íntimamente, porque el idioma del cielo es la verdad directamente comunicada en silencio de amor, de alma a alma y de entendimiento a entendimiento. Veremos mutuamente y en todos la verdad de su entendimiento y de su voluntad. Estamos unidos en la misma unión sobrenatural de Dios. Ni lo presente ni

lo pasado estará oculto o ignorado. Todos seremos gloria y gozo para todos.

La visión y conocimiento en Dios no es discurrir, es contemplar, es ver con toda verdad y con toda claridad hasta lo íntimo de la esencia de las cosas, con todas sus propiedades y relaciones. Por eso decía no hay opiniones, hay certeza y evidencia.

Como el conocimiento o visión en Dios comunica la perfección y da el amor, todos nos amaremos en el mismo amor glorioso de Dios y nos gozaremos de ver la razón de amarnos y amaremos más al que más participa de Dios; aunque tengamos amor especial al que habíamos amado en la tierra y con quien convivimos, amaremos más al que Dios ama más, y Dios ama más al que más participa de Él y le da más gloria, y el que más ama a Dios será el que mas también nos ame a nosotros

El alma bienaventurada ve en la visión de Dios todos los bienaventurados y la intensidad de su felicidad y amor a Dios; ve sus alabanzas y está unida a ellas; lo ve, y lo participa y vive llena de gozo. Ve también las acciones que realizo viviendo en la tierra y por cuáles tiene la gloria que Dios la ha comunicado. Nada hay oculto. Todo es conocido y manifiesto para gozo y gloria propia y de los demás y de Dios.

174.—El amor de la familia y de la amistad particular es de suyo bueno y santo. Dios lo alaba y

nos lo mandó. Porque es un bien y es bueno no desaparecerá en el cielo, sino que se perfeccionará y sobrenaturalizará con gozo especial. Nos continuaremos amando; nos trataremos en amenísimas y alegres conversaciones. Nos alegraremos de habernos ayudado a ganar el cielo con nuestra amistad. Nos gozaremos de las obras que juntos realizamos para bien de las almas. Nunca se perderá ni disminuirá esa alegría. ¡Nunca cesará esa amistad bendita!

Ya recordé antes[5] que una de las veces en que Dios mostró el cielo a Santa Teresa vio a sus Padres y recibió gozo especial en verlos.

La sierva de Dios Ana de San Agustín, compañera de Santa Teresa, escribe también la alegría que experimentó al verlos. *Vi a mi padre y a mi madre y los conocía claramente, y bien se puede echar de ver el gozo y consuelo que mi alma recibió y el agradecimiento a Nuestro Señor que me los había dado por padres, y hame durado desde entonces el darle a Su Majestad muy particulares gracias por la gloria que los vi poseer, dada de su misericordiosa mano.*

Y vi que tenían algunos particulares grados de gloria por algunas licencias que me habían dado para hacer algunas obras del servicio de Nuestro Señor. Y esto me daba Su Majestad a entender con una muy clara y

5. Véase el cap. XIV, núm. 80.

particular luz, y ellos también me daban demostración de esto mostrándome mucho agrado y amor[6].

Y la Hermana Margarita del Espíritu Santo, religiosa de casi estos días, escribe: *Se me manifestó parte del cielo..., conocía a mis queridos padres y a mi hermana, los tres radiantes de gloria, en mayor grado mi querida madre*[7], y expresa que tuvo un dulcísimo y detenido coloquio con ella y con una sobrina muerta muy jovencilla, y ésta le cantó una canción.

Cuando San Juan Bosco vio a su madre gloriosa, dice le quedó en el alma la alegría de que volvería a verla en el cielo.

Estos detalles de estas almas santas y de tantas otras como han tenido comunicación con el cielo por visiones nos confirman que veremos y amaremos y trataremos con gozo especial a los seres queridos de nuestra familia, a las amistades que cultivamos en la tierra, a las personas amadas con quienes convivimos.

Los que en la tierra nos ayudamos mutuamente a amar a Dios, pues esa es la mejor amistad, los que nos reunimos y convivimos en asociaciones para fomentar la espiritualidad nuestra y la de las almas y lo dejamos todo para estar juntos en los conventos consagrados a Dios sólo para alabarle y ser santos y

6. José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen*, lib. XVI, cap. 33.

7. Cuaderno manuscrito de la hermana Margarita, publicado con el título *de Dios en un Carmelo de nuestros días*, por el P. Matías del Niño Jesús.